

Señales de ansiedad electoral

CARLES CASTRO

Periodista de *La Vanguardia*

Todas las legislaturas van sembrando su travesía de señales que, como los guijarros o las migas de pan de las fábulas infantiles, anuncian el futuro para quienes sepan interpretarlas. Veamos cuáles han sido estas señales durante la última legislatura, tras los comicios del 14 de marzo de 2004.

La primera señal la ofrecieron las elecciones europeas de junio de ese mismo año. Convocadas apenas tres meses después de las legislativas, estas elecciones aparecían como un verdadero test sobre la auténtica fortaleza de cada partido. Y aunque celebradas en el momento más benigno para Zapatero -como evidenciaban los índices de confianza, valoración e intención de voto-, estos comicios ofrecían también para el PP la oportunidad de dar respuesta a una pregunta imposible: cuál hubiese sido el resultado del 14-M sin el impacto del atentado del 11 de marzo.

Pues bien, en las europeas los socialistas ratificaron su hegemonía, aunque con un margen inferior al de las generales. Si en marzo habían superado en casi cinco puntos a los populares, en junio la ventaja se redujo a algo más de dos puntos. El fiasco de los sondeos (que habían atribuido al PSOE ventajas de hasta diez puntos) fue monumental. Por tanto, lo que quedaba tras el 13 de junio, sin los catalizadores emocionales que había desencadenado el 11-M, era un mapa electoral más matizado (y seguramente más genuino). En ese mapa, la estrategia territorial e identitaria del PP (basada en el trasvase del Ebro y las críticas al autogobierno catalán o a la política antiterrorista del PSOE) mostraba con más claridad sus huellas. Y de ahí el avance de los populares en Levante, ambas Castillas y Madrid, donde ampliaron sensiblemente la moderada ventaja sobre el PSOE que habían obtenido en las generales (hasta situarla en parámetros similares a los del pasado día 9 y más coincidentes con el espacio natural del PP tras dos legislaturas en el poder). Eso sí, las limitaciones de la estrategia del centroderecha se evidenciaban en el País Vasco, Extremadura, Andalucía, Cataluña y Aragón, donde el Partido Socialista confirmó su hegemonía a caballo de un premonitorio voto útil y avanzó lo suficiente como para neutralizar la progresión del PP.

En cualquier caso, el desenlace de las elecciones europeas dibujó algunas sombras sobre la solidez territorial del centroizquierda. Y, paralelamente, el pulso firme del electorado popular y los avances del centroderecha en sus feudo-

territoriales constituían una advertencia muy clara sobre las dificultades del PSOE para modificar más a su favor el mapa electoral del 14 de marzo. En este sentido, una extrapolación de los resultados de las europeas a las generales dejaba al PP a apenas seis escaños del PSOE. Los populares sumaban en ese supuesto 157 diputados (nueve más que en marzo), y 163 los socialistas (uno menos). En resumen: el Gobierno socialista mantenía el estado de gracia habitual de las primeras etapas de mandato de cualquier gabinete, pero tropezaba con la profunda implantación territorial de un Partido Popular que había sobrevivido a la derrota sin el menor acto de contrición (y cuyas fuerzas estaban menos marchitas de lo que sugerían los resultados del 14-M).

Las siguientes señales tangibles las ofrecieron las elecciones vascas de abril de 2005, celebradas un año después del relevo en el Gobierno central. Y, ciertamente, el desenlace de los comicios vascos reflejó a la perfección la inversión de posiciones entre PP y PSOE. Es decir, las elecciones vascas lanzaron un mensaje inequívoco: la consolidación del PSOE como primer partido en el escenario español. No había más que recordar que, tras su mayoría absoluta del 2000, los populares habían obtenido en las siguientes autonómicas vascas una ventaja de más de cinco puntos sobre el PSOE. Ahora, la correlación se invertía y eran los socialistas los que aventajaban al Partido Popular en una cuantía casi idéntica: 5,3 puntos. Sólo que mientras en 2001 los populares aventajaban al PSOE en seis escaños, la primacía socialista era en 2005 únicamente de tres. De nuevo, volvía a evidenciarse la fortaleza del PP.

Por su parte, las elecciones gallegas de junio de 2005 se saldaron para el Partido Popular con una derrota digna y que acreditaba una vez más la solidez de su base electoral. Ciertamente, los populares perdieron la mayoría absoluta, y ese resultado tenía un valor añadido para el PSOE, ya que le permitió arrebatarse el emblemático gobierno de la Xunta al centroderecha. Sin embargo, el desenlace fue muy ajustado en escaños -apenas un diputado de diferencia a favor de la oposición socialista y nacionalista- y con incertidumbre final sobre el impacto del acrecentado voto emigrante. Además, esos resultados eran la consecuencia del desgaste de más de 15 años de gobierno del PP -agravado por la mancha reciente del Prestige- y, sobre todo, del empecinamiento de los populares en presentar como candidato a un

octogenario que ya había protagonizado diversos desvanecimientos ante las cámaras y que suscitaba la desconfianza en casi un 70% de sus paisanos.

De ese modo, las claves de las elecciones gallegas no podían extrapolarse mecánicamente al escenario español. Es decir, la movilización intensiva de los electores de centro izquierda -y la paralela desmovilización de los del PP gallego- respondían sobre todo a unas elecciones agónicas que marcaban el fin de un largo ciclo. Lo que sí parecían verificar las elecciones gallegas -como antes las vascas- era la consolidación al alza del PSOE. Por ello, puede decirse que la primavera y el verano de 2005 fueron una etapa dulce para el centroizquierda. Si se atendía a los sondeos del CIS, la abrumadora y sostenida ventaja del Partido Socialista en voto declarado apuntaba incluso la posibilidad de que un segmento del electorado más tibio y pragmático de centro y centroderecha se hubiera sumergido momentáneamente en la desmovilización electoral. Otra cosa era el carácter transitorio o no de esa deriva.

En cualquier caso, tras el resultado de Galicia la sombra de la mayoría absoluta socialista planeó momentáneamente sobre el escenario político español. Los índices de desconfianza en Rayoy se situaban ahora en un catastrófico 70% y algunas encuestas otorgaban hasta nueve puntos de ventaja al PSOE. Sin embargo, en medio de esa luna de miel entre la opinión pública y el centroizquierda asomaban otras señales que sugerían la existencia de significativos puntos débiles en la navegación del PSOE.

Por ejemplo, en la esfera identitaria se abría un flanco receptivo a los mensajes del PP, como recordaban sigilosamente las encuestas. Éste fue el caso de un tema en apariencia tan palmario como la devolución a Cataluña de los documentos confiscados por el Ejército franquista a la Generalitat catalana tras la derrota de la República: los llamados papeles de Salamanca. Pues bien, la devolución de los legajos a sus legítimos propietarios contó con el rechazo de una mayoría de los españoles. Sólo un 38% -y únicamente un 33%-si se excluía a Cataluña-consideraba la devolución una medida de "estricta justicia", frente a un 42% (y un 47% en Andalucía o un 51% en Madrid) que la juzgaba producto de una extorsión de ERC¹. Y es que, junto a una visión angustiada de la unidad nacional, en la opinión

pública española habían arraigado algunos prejuicios interregionales, especialmente acentuados con relación a los catalanes. De ese modo, estos prejuicios contribuían a envenenar cualquier debate territorial y a erosionar el respaldo electoral a un Zapatero comprometido con un programa audazmente autonomista.

Por ello, en medio de las plácidas perspectivas que habían venido dibujando las encuestas del verano de 2005, el proyecto de nuevo Estatut de Catalunya y su alambicada definición del Principado como "nación" irrumpieron en el escenario político como un verdadero vendaval. Ciertamente, algunos sondeos privados ya habían advertido de los recelos que provocaba en amplios sectores de la ciudadanía la gestación y los contenidos del nuevo texto estatutario. Pero a la hora de la verdad el rechazo a la propuesta de Estatut alcanzó cotas insólitas: más de la mitad de los españoles pensaban que vulneraba la Constitución y que no podría ser aceptada por el resto de España. Y ese rechazo se tradujo en una caída en picado de las expectativas electorales del PSOE.

En definitiva, la derecha había logrado romper su aislamiento en este delicado asunto. Es decir, los mensajes alarmistas del PP habían encontrado finalmente eco en un terreno

extraordinariamente fértil de la opinión pública española. Y los indicadores apuntaban también otra conclusión inquietante para el PSOE: el voto de centro español, el de las clases medias, se reactivaba en favor del PP. Muy especialmente en Madrid y la Comunidad Valenciana, pero también en Andalucía.

La situación no tenía ningún secreto: Zapatero había abierto un problema de gran resonancia emocional con una estrategia sinuosa y sin un discurso sólido y pedagógico; es decir, sin un relato estratégico consistente que permitiera superar los recelos y las fisuras identitarias y que ofreciera un sueño compartido en términos de país. Otra cosa es que el temporal amainara por sí solo cuando la realidad desmintiera los apocalípticos pronósticos de los populares y otros estatutos fotocopiaran artículos completos del texto catalán en sus respectivas reformas.

Sin embargo, el desasosiego social que había desatado el Estatut resucitó de forma ya irreversible a unos votantes

Los resultados electorales han evidenciado que el hilo conductor de la gestión socialista (crecimiento económico, derechos sociales, libertad de costumbres y apuesta por la paz y la descentralización) llegó a la campaña en condiciones de ofrecer un balance inteligible para los electores de izquierda y centroizquierda. Y de ahí la reedición de los más de once millones de votos, que cuatro años atrás se habían alzado en una situación tan crítica como irreplicable

¹ Sondeo del Instituto Noxa para *La Vanguardia*, 11 de julio de 2005.

de la España uniforme que, a raíz de la política de Aznar y de su inverosímil gestión de los atentados del 11-M, se habían distanciado de su referente político natural: el Partido Popular. La estrategia electoral de Rajoy se resumía en algo tan simple como perder Cataluña para ganar España, pero su eficacia ofrecía pocas dudas. Algún sondeo apuntaba incluso la posibilidad de un vuelco electoral².

La posterior tregua de ETA significó un poderoso balón de oxígeno para el Gobierno, pese a que la estrategia del PP se había orientado a devaluarla por anticipado al denunciar gravísimas concesiones políticas a cambio del alto el fuego. De hecho, los sondeos de coyuntura³ realizados tras el alto el fuego llegaron a poner al PSOE entre siete y nueve puntos por delante del PP en voto estimado. Sin embargo, el cambiante horizonte electoral que había propiciado el debate del Estatuto catalán estaba lejos de disolverse. Y la elevada abstención en los referendos estatutarios de Cataluña y Andalucía, así como el retroceso del PSC en las no menos abstencionistas elecciones catalanas, evidenciaban una desmotivación importante en el bloque de centroizquierda que había llevado al poder a Zapatero. La única duda se centraba en si ese comportamiento era irreversible o sólo constituía una suerte de respiro para volver con más fuerza a la cita realmente importante: las elecciones generales de 2008.

En cualquier caso, lo peor estaba por llegar. En diciembre de 2006, el atentado etarra de la T-4 pareció hundir inexorablemente a un Zapatero sumido en el desconcierto ante la inesperada ruptura de la tregua etarra. Eso sí, las encuestas inmediatas no registraron una erosión significativa del PSOE. Al contrario, reflejaron un sensible descenso del apoyo a Mariano Rajoy, que se había tirado a la yugular del presidente, en lugar de mostrarle su apoyo en un momento tan crítico.

Sin embargo, las elecciones municipales y autonómicas volvieron a enviar un mensaje confuso. Celebradas pocos días antes de que ETA finiquitara formalmente la tregua, y con la atmósfera política centrada de manera obsesiva en las supuestas concesiones del Gobierno a la banda terrorista, el desenlace electoral constituyó un verdadero alivio para el PP. Los populares superaron al PSOE en casi 160.000 papeletas. Claro que la diferencia era tan pírrica como la registrada en las anteriores municipales, cuando la

victoria del Partido Socialista se había situado en 124.000 sufragios. Por lo tanto, la falta de perspectiva podía llevar a interpretaciones erróneas. Es decir, resultaba una temeridad trasladar estos resultados a las siguientes generales.

Eso sí: las simultáneas autonómicas celebradas en mayo de 2007 reflejaban una significativa hipermovilización del votante popular en sus feudos de Madrid y la Comunidad Valenciana. En ambos casos, las papeletas obtenidas por el PP en las elecciones regionales superaban en número a las cosechadas por este mismo partido en las generales de 2004. En consecuencia, de no mediar la existencia de un voto dual que se expresara de modo distinto en cada cita con las urnas, el Partido Popular parecía haber ampliado -o, más exactamente, recuperado- su capital electoral, hasta acercarlo a las magnitudes de las elecciones del 2000.

Dicho de otro modo: el voto que había perdido el centroderecha en 2004 a causa de su ejecutoria antes y después de los atentados, había vuelto de la mano del discurso territorial, identitario e ideológico del PP, que se había hecho perdonar así sus pecados. Y es que ese electorado de centro flotante no se había ido únicamente al PSOE sino también a la abstención. ¿La prueba? Muy clara: en el caso valenciano, por ejemplo, la participación en 2004 fue inferior-en casi cinco puntos-a la de 1996 (pero también a la del pasado 9 de marzo). Y una parte del avance del PP en 2008 se explica precisamente por ese ascenso de la participación, ya que, con distintas magnitudes, la mayor afluencia a las urnas se ha concentrado en Madrid, Murcia o Castilla-La Mancha.

Sin embargo, si las elecciones municipales de 2007 habían enviado señales de compleja lectura, la posterior evolución de los sondeos -y el súbito empeoramiento de las expectativas económicas- contribuyó a envolver en una pesada bruma los pronósticos electorales. Sin olvidar que las subidas en los tipos de interés o en el precio de los productos básicos eran especialmente dañinas para los sectores sociales más cercanos al PSOE.

Por lo que respecta a los sondeos, la opacidad no cesó hasta el último instante. Por ejemplo, las encuestas del CIS o de algunos medios de comunicación ofrecían una nítida ventaja al Partido Socialista en voto declarado. Pero con

La estrategia electoral de Rajoy se resumía en algo tan simple como perder Cataluña para ganar España, pero su eficacia ofrecía pocas dudas. Naturalmente, la agresividad del PP - útil para mantener erguido a su bloque electoral- ha contribuido una vez más a que el centroizquierda pudiera movilizar de forma extraordinaria a los suyos

² Sondeo del Instituto Noxa para *La Vanguardia*, 13 de noviembre de 2005. Los populares aventajaban en más de dos puntos a los socialistas en voto estimado.

³ Pulsómetro de la Ser, 24 de marzo de 2006, y sondeo de Noxa para *La Vanguardia*, 16 de julio de 2006,

una salvedad que se revelaría decisiva y que había que leer con mucha atención: casi todas registraban un recuerdo de voto al PSOE sobredimensionado y un recuerdo de voto al PP por debajo de lo ocurrido realmente en 2004. Es decir, un sector de los votantes populares admitía implícitamente que cuatro años atrás se había distanciado de su partido. Sin embargo, ese bache parecía superado desde el momento en que la intención de apoyar ahora a Rajoy era muy superior a la tasa de recuerdo. En suma: el apoyo al PP en los comicios de 2008 crecía con respecto a 2004. Una señal que no debía ignorarse.

Ahora bien, al mismo tiempo las preferencias y las expectativas sobre el ganador eran muy favorables al Partido Socialista. Y la desconfianza e incluso el rechazo que suscitaban el PP y Mariano Rajoy también eran notables. Además, todos esos registros se sucedían de forma sostenida, con lo que ello significaba de consolidación en la opinión pública. ¿Se traducirían entonces esas preferencias y percepciones en un voto activo? ¿O era mejor mantenerse en la cautela que aconsejaban algunos indicadores? Por ejemplo, los índices de movilización de los respectivos electorados reflejaban una mayor activación de los votantes del PP. Y, además, los parámetros favorables a Zapatero no eran homogéneos territorialmente y llegaban a invertirse en los feudos de los populares, como Madrid o Valencia.

Los resultados del 9 de marzo ofrecieron una respuesta clara al respecto. El PP recuperó el voto perdido en 2004 y volvió a ponerse por encima de los diez millones de papeletas que había cosechado en los comicios del 2000. Y, además, lo hizo en base a la recuperación de la hegemonía y de una alta participación en sus graneros clásicos: Madrid, Levante y, en menor medida, Castilla-La Mancha.

El PSOE sólo pudo hacer frente a esa fuerte recuperación territorial del PP acentuando su respectiva hegemonía en la España plural y periférica, a la que había defendido a lo largo de sus cuatro años de legislatura. Es decir, mediante un aumento sustancial y de dimensiones históricas de su voto en Euskadi y Catalunya y, en menor medida, en Aragón, Asturias, Canarias y Baleares. Todo ello a caballo de un formidable corrimiento en beneficio del voto útil.

En cambio, el retroceso del Partido Socialista en Andalucía evidenciaba la eficacia del discurso identitario y territorial del PP (escenificado por Rajoy en su truculenta mención a la política lingüística de Cataluña, durante el debate televisivo). Un discurso capaz de imponerse no sólo a la obra de gobierno sino también a los exabruptos que algunos dirigentes del PP habían dedicado a los “niños andaluces analfabetos”.

Por supuesto, los efectos especiales que se registraron durante la campaña (las propuestas del PP en materia de

inmigración, seguridad o identidad nacional) también contribuyeron a enmascarar la verdadera credibilidad de los populares como alternativa. Y es que lo que parecían errores de manual y una trayectoria errática constituyeron aciertos para incentivar al electorado conservador. Es decir, la inclusión súbita de los camareros indolentes o de los niños maleantes en el debate permitió al PP conectar con la psicología y los recelos y temores profundos del bloque electoral que Aznar había construido durante sus dos legislaturas. En otras palabras: los resultados han demostrado que, al margen del atentado de ETA, el discurso del PP ha sido eficaz para recuperar al votante de centroderecha que se excluyó el 14-M de 2004 y, sobre todo, para mantener movilizado al conjunto del bloque electoral de ese signo. Como si el 9 de marzo de 2008 se hubiese celebrado una segunda vuelta de los comicios de 2004, ya sin las sombras de los atentados y de las patrañas propaladas por Aznar y su Gobierno. Y también -al menos para el electorado conservador-, sin atender a los logros de la legislatura o a los resultados de los debates electorales.

Por lo que respecta al PSOE, los resultados también han evidenciado que, pese a la fragilidad retórica de Zapatero y su Gobierno, el hilo conductor de la gestión socialista (crecimiento económico, derechos sociales, libertad de costumbres y apuesta por la paz y la descentralización) llegó a la campaña en condiciones de ofrecer un balance inteligible para los electores de izquierda y centroizquierda. Es decir, motivos claros para votar. Y de ahí la reedición de los más de once millones de votos, que cuatro años atrás se habían alzado en una situación tan crítica como irreplicable. Naturalmente, la agresividad del PP -útil para mantener erguido a su bloque electoral- ha contribuido una vez más a que el centroizquierda pudiera movilizar de forma extraordinaria a los suyos.

Eso sí, el Gobierno de Zapatero se ha mostrado incapaz de construir un discurso que, apoyado en la obra de gobierno (por ejemplo, el AVE a Málaga y Valladolid o las desaladoras en Levante), desactivara la ansiedad del votante de centroderecha, del mismo modo que hizo Aznar con el elector de centroizquierda entre 1996 y 2000. De ese modo, mientras el PP ha recuperado votos del centro flotante, el PSOE los ha perdido en beneficio de los populares o de Unión Progreso y Democracia. Sin duda, la apertura territorial de Zapatero era políticamente ineludible y ha rendido indudables beneficios electorales en la España plural. Pero también ha provocado costes de urgente reparación en la España singular y uniformada. Costes electorales y políticos. Y lo mismo cabe decir de la política de radicalidad democrática: ha blindado el flanco izquierdo pero ha descuidado el centro. Y quizás sólo se trataba de pedagogía; es decir, de argumentar mejor en el terreno del sentido común frente al tremendismo de Mariano Rajoy. Tal vez los electores no son tan impermeables como asegura el profesor Lakoff. ■